

Fragmentvertaling uit ZEB. van Gideon Samson naar het Spaans

Vertaalster: Caroline de Jong

Motto blz. 9:

No sabrás nunca qué ocurre en las cabezas de los demás.

ETGAR KERET

blz. 13 t/m 20: verhaal 1

1. IMARA

En clase tenemos una nueva compañera: una cebra. Se llama Ariana y lleva una semana con nosotros.

Cuando llegó, Ariana iba un poco atrasada con las sumas y las restas, pero ahora ya casi nos ha atrapado. Ariana dice que las cebras son muy buenas en cálculo.

–¡Chicos y chicas! –dijo la maestra Caty, el día que llegó Ariana–. Dadle la bienvenida a Zeb.

–Ariana –rectificó Ariana. Estaba de pie junto a la maestra, delante de la pizarra digital nueva.

–¿Qué has dicho? –preguntó la maestra.

–Que me llamo Ariana.

La maestra, aunque asentía con la cabeza, no estaba de acuerdo.

–En la etiqueta pone Zeb. –dijo–. Zeta-e-be. Con un punto al final.

–Pues está mal.

–¿Estás segura?

–Sí –dijo Ariana–. Muy segura.

La maestra movió de nuevo la cabeza.

–Dejémoslo, te vamos a llamar Ariana. ¿Lo habéis oído?

Todos respondimos sí, maestra Caty.

–Pues esta es Ariana.

Otra vez dijimos sí, maestra Caty, mientras ella nos iba mirando a todos.

–Allí –dijo, dirigiéndose a Ariana. Y le indicó el sitio libre que le pareció más adecuado–. Ve a sentarte al lado de Imara.

Ariana miró, con un ojo, en mi dirección. Tuvo que ladear un poco la cabeza para poder verme bien.

Yo le devolví la mirada. Miré su ojo, sus rayas, su crin negra. Y sus orejas largas y peludas.

Ariana caminó hacia mí. Sus pezuñas hacían mucho ruido y, a medio camino, tiró al suelo el estuche de Pelle, sin querer. Con el culo.

–Eh! –exclamó Pelle.

–Lo siento– dijo Ariana, girando la cabeza–. No lo he hecho expresamente.

Retrocedió un poco, pero chocó con la mesa de Katinga. Y con la silla de Ravi.

–Lo siento –repitió Ariana. Se agachó para recoger el estuche, pero, claro, con las pezuñas es extraordinariamente difícil.

–Déjalo –dijo Pelle. Y él mismo lo recogió.

Ariana siguió adelante (esta vez sin tirar nada) hasta donde estaba yo y se sentó a mi lado.

–Hola –dije.

–Hola –dijo Ariana.

Miré sus orejas. De cerca, parecían más suaves y peludas que de lejos. Y se movían. Con la cabeza totalmente quieta, Ariana giraba aquellos dos cuencos puntiagudos y peludos hacia mí. Quizá así me oía mejor.

–Yo soy Imara.

–Bonito nombre– dijo Ariana.

–Sí –dije, porque es verdad que es un nombre bonito.

–¿Quieres que juguemos las dos, después, en el recreo?

–Vale –dije.

Entonces empezó la clase.

–¿A qué jugamos? –pregunté.

Estábamos fuera, en el patio. Ariana resoplaba muy fuerte. Un resuello de auténtica cebra, pensé, pero no dije nada, por si se lo tomaba a mal.

–A caballitos –dijo Ariana.

–¿A caballitos?

Ariana asintió con la cabeza.

–Una es el caballo y la otra, la jinete. Sabes cómo se juega, ¿no?

–Sí, claro que sé cómo se juega –dije.

–¡Pues, venga! ¿Jugamos?

–¡Vale!

Quizá habría sido más lógico jugar a cebritas que a caballitos. Pero Ariana no quiso. Tampoco quiso ser el caballo. Prefirió ser la jinete.

–Vale –dije de nuevo–. Pues yo soy el caballo.

El juego empezó bien. Yo relinchaba y Ariana gritaba “¡arre, caballo!”, y “¡al galope!”, y entonces yo corría y relinchaba. Ariana resoplaba todo el rato, con su resuello de cebra, cada vez más fuerte. Y yo galopaba, cada vez más deprisa.

–¡Ahora, al trote! –gritó Ariana.

–¿Al trote? –pregunté.

–¡Cállate! –ordenó Ariana–. Los caballos no hablan.

Sacudí la cabeza, como un caballo de verdad. Y no dije nada más. Intenté trotar, pero a Ariana no le gustó cómo lo hacía.

–Vaya desastre! –dijo–. No tienes ni idea de trotar.

Lo intenté de nuevo, pero no lo conseguí.

–No, no –gritó Ariana. Y añadió–: Tendré que darte con la fusta!

–¡Eso te lo crees tú!

–¿Qué?

–Que ni lo sueñes, con la fusta.

–¿Y si hacemos como si tuviera una? –dijo Ariana.

–Sí, pero no debes decirlo.

–Bien, hagámoslo así – dijo Ariana, soltando un resuello. Giró otra vez sus orejas peludas y puntiagudas, y añadió–: Ah, y otra cosa... Tú no puedes hablar.

Yo ya no tenía más ganas de seguir jugando a caballitos. Ariana era muy exigente. Y estaba cansada de tanto galopar.

–¿Y si jugamos al pillapilla? –preguntó Ariana.

–Sí, vale.

Ariana soltó una especie de relincho. Sonó un poco como un caballo, un poco como un asno. Entendí perfectamente por qué prefería ser jinete.

–¡Tú pillas! –dijo Ariana. E, inmediatamente, echó a correr. Al trote, o al galope. En pocos segundos, desapareció.

–¿Qué haces, ahí sola, Imara?

Era la maestra Caty. Le dije que estábamos jugando al pillapilla y que yo pillaba. Pero que Ariana corría demasiado para mí.

–Vaya –dijo la maestra. Y me preguntó dónde estaba Zeb.

–Ariana –dije.

La maestra asintió con la cabeza y volvió a preguntar:

–Sí, pero ¿dónde está?

–No lo sé.

–Vaya –volvió a decir la maestra Caty.

Miramos por todo el patio, que no es muy grande, pero no vimos a ninguna cebra por ningún lado.

–Ya volverá –dijo la maestra.

–Sí –dije yo.

Busqué a Ariana un poco más. Entonces, Katinga me preguntó si quería jugar con ella a las gomas.

Ariana llegó bastante después de que el recreo se hubiera acabado. Estábamos ya todos en clase, sentados.

–¿Por qué llegas tarde, Zeb.? –preguntó la maestra Caty.

–Ariana –rectificó Ariana. Y, seguidamente, contestó–: Estábamos jugando al pillapilla.

–Pero el recreo se acabó hace un buen rato –dijo la maestra.

Ariana balanceó un poco la cabeza. Estaba masticando algo. Yo me di cuenta, y la maestra también.

–¿Qué llevas en la boca? –preguntó.

–Nada –dijo Ariana.

–En clase no se puede mascar chicle –dijo la maestra.

–No es ningún chicle.

–¿Ves cómo sí llevas algo en la boca?

Ariana ladeó un poco la cabeza, y con la pezuña delantera izquierda se rascó la pata delantera derecha.

–Escúpelo –dijo la maestra Caty, poniendo la mano debajo del morro de Ariana.

Ariana lo escupió y llenó la mano de la maestra de algo verde y mojado.

–Ariana, ¿qué es esto? –preguntó la maestra Caty.

–Hojitas –dijo Ariana.

–Hum...

La maestra se olió la mano. Fue a la papelera, tiró dentro la bola de hojas y se secó la mano en el pantalón.

–Ve a tu sitio, anda –dijo a Ariana–. Estamos en clase de cálculo.

blz. 21 t/m 29: verhaal 2

2. OZZIE

–¿Quieres dar un vistazo tú mismo? –pregunta el señor de la tienda–. ¿O quieres que te ayude en algo?

El señor me mira esperando una respuesta, pero no sé exactamente qué decirle.

No sabía que las bromas fueran tan caras. Quizá es por eso que mi padre bromea poco. Debes saber que no somos muy ricos, a pesar de que la semana pasada mi padre se haya comprado un coche nuevo. Nos lo dijo con semblante muy serio, como es típico en él. Cuando nos lo mostró a mi hermana y a mí, no nos permitió ni tocarlo, y nos explicó, orgulloso, que lo lavaría como mínimo dos veces por semana.

–Oye, papá –dijo Mila, señalando un punto sobre la rueda trasera izquierda–. Creo que tiene un rasguño.

Mi padre casi se muere del susto. Se inclinó hacia delante y pegó la nariz a la pintura.

–¿Dónde? –exclamó–. ¿Dóóónde?

–Es broma –dijo Mila, pero mi padre no se rio. Todo el dinero estaba en el coche, naturalmente. Ya no le quedaba ni un céntimo para devolver la broma.

En el bolsillo llevo catorce euros y treinta céntimos. Es todo lo que tengo. Y casi todo lo que veo aquí vale, como mínimo, el doble.

–¿No tiene bromas más baratas? –se me ocurrió preguntar finalmente.

El señor respondió con mirada grave:

–No nos gustan las bromas baratas. Pero, cuéntame: ¿qué buscas exactamente?

Ahora me toca explicarle para qué he venido. Mientras se lo explico, el señor va asintiendo con la cabeza lentamente.

–¿Cómo se llama esta chica? –me pregunta cuando acabo.

–Ziva.

–¿Y qué le gusta a esa tal Ziva? –prosigue–. Me refiero a si tiene algún hobby... ¿Va a clases de flauta dulce? ¿Baila? ¿Monta a caballo? ¿Le gusta cantar?

Debo reconocer que no tengo la menor idea.

–En realidad, aún no hemos hablado nunca mucho rato, ella y yo.

–Hum, complicado –dice señor, muy serio.

Me pregunta cuánto dinero tengo para Ziva.

–Todo el dinero del mundo.

–¿Y cuánto llevas?

–Catorce euros con treinta.

–Complicado –volvió a decir el señor–. Pero no imposible.

Me acompaña a un rincón de la tienda y me pregunta si tengo alguna objeción con los artículos de segunda mano.

–¿Si tengo alguna qué?

–Si no te importa que alguien los haya utilizado antes –aclara–. ¿Ves? Ahí tenemos *bromas usadas*, que salen algo mejor de precio.

Le digo que prefiero una nueva.

–¿De verdad? –pregunta el señor–. Porque precisamente tenemos en oferta algunas bromas antiguas, pero tremendamente buenas y con años de éxito garantizado.

–Sí, pero preferiría una nueva.

El señor dice que habría sido mejor que viniera un mes antes, en época de rebajas.

–Entonces todavía no me gustaba Ziva –digo.

El señor lo entiende. Seguimos caminando por la tienda.

–Estas son las *bromas insulsas* –dice, señalando un armario enorme–. Bastante baratas en general, pero no creo que encuentres nada de tu gusto.

Antes de que yo pueda responder, ya estamos en otro sitio. El señor abre un cajón y dice:

–Mira. Aquí están las *bromas intelectuales*. Quizá te puedan interesar.

Les doy una ojeada, pero no las entiendo.

–Quince euros cada una –dice el señor–. Pero si encuentras alguna que te guste, tuya es.

Le indico que no con la cabeza.

–¿Tampoco?

–No, lo siento.

El señor de la tienda mira pensativo a su alrededor.

–Complicado, muy complicado –murmura–. Pero algo debe haber.

Yo también miro alrededor.

–¿Qué hay allí detrás? –pregunto, señalando un pasillo estrecho entre dos armarios que desemboca en una cortina de terciopelo rojo.

–Allí guardamos las *bromas para mayores de dieciocho* –aclara el señor. Una leve sonrisa se dibuja entorno a su boca–. Debo admitir que algunas son buenísimas –añade, riéndose por lo bajini–. Pero, lo siento, a ti no puedo vendértelas.

Poco a poco, empiezo a pensar que no hay nada que hacer, y que el “tema Ziva” quizá lo podría solucionar mejor de otra manera.

–Aquí tenemos de todo–dice el señor–, pero esta es una tienda con clase, lo cual, lógicamente, se nota en los precios. Y con tu presupuesto...

–¿Y un chiste? ¿No tendrá algún chiste? –pregunto.

–¿Un chiste? –El señor pronuncia “chiste” como si de una palabrota se tratara–. Aquí no trabajamos con chistes. Para este tipo de cosas tienes que ir a una “chiste shop” –dice, negando con la cabeza–. Si es esto lo que realmente quieres...

–Bueno, no estoy seguro, pero...

–Son baratos, eso sí, mucho más baratos –me corta–. Con el dinero de que dispones, seguro que puedes comprar cinco o seis. O una colección entera.

–¿En serio?

El señor asiente.

–Sí, pero luego no vayas a reclamar si no funcionan –añade–. Ellos no practican el “si no está satisfecho le devolvemos su dinero”. Y, de cambios, mejor ni hablar.

–¿Y aquí? –pregunto.

–¿Aquí? –. El señor adopta un semblante serio–. Nosotros ofrecemos un servicio – responde con un velo de solemnidad en la voz–. Incluso para los monederos más pequeños.

Yo llevo el dinero desparramado en el bolsillo. Pero estoy seguro que se está refiriendo a mí.

–Podríamos mirar los *juegos de palabras* –piensa el señor, en voz alta–, aunque me temo que se nos van a ir de precio.

–Lástima.

El señor sigue pensando:

–Otra posibilidad sería...

–¿Qué posibilidad?

–Es prácticamente lo último que se me ocurre –dice–. Puedes mirar en la cesta de las *bromas surtidas*. Todo lo que hay ahí dentro, del tipo que sea, sale a diez euros la unidad. A veces, se puede encontrar algo interesante.

El señor y yo nos dirigimos hacia la caja. Las *bromas surtidas* están sobre el mostrador.

–Adelante, tú mismo –dice el señor–. Mientras tanto, atenderé a otro cliente.

Se marcha. Yo busco y rebusco dentro de la cesta. La mayoría de bromas no valen un euro, en mi opinión. Entonces veo una, medio escondida en el fondo. La saco fuera de la cesta y me rio para mis adentros. Me cuesta contenerme. Rompo a reír. La risa se convierte en carcajada. En una sonora carcajada

–¿Has encontrado algo? –. Es otra vez el señor de la tienda.

–¡Sí! –exclamo, contento–. ¡Me quedo con esta!

El señor mira la broma. También se ríe.

–Magnífica elección –dice, cuando ambos hemos acabado de reírnos–. ¿Te la envuelvo?

–No, no hace falta.

Pago la broma. El señor la mete en una bolsita, junto con una broma minúscula gratis:

–Regalo de la casa –dice–. ¡Que tengas suerte, muchacho!

–Gracias.

–¿Me informarás de si ha funcionado?

Se lo prometo y salgo volando de la tienda.

blz. 59 t/m 666: verhaal 7

7. LEV

El tema de mi presentación va a ser Bruno. Al principio, quería haberla hecho sobre las ballenas, pero luego mi padre se entrometió.

–¿Cómo quieres llevar a un animal tan grande al colegio? –preguntó.

–¿Qué?

Según mi padre, una presentación sin el objeto sobre el que vas a hablar se queda en media presentación.

–¿Tú crees?

–Sí, Lev. –Mi padre asintió con la cabeza y me miró muy serio—. Así es. ¿Acaso Anabel no llevó a su mascota, la última vez?

Es cierto, Anabel llevó a su mascota. Incluso lo expliqué en casa. Anabel habló sobre las gacelas. Las gacelas pertenecen a la familia de los antílopes. Viven en rebaños, como las personas, y su enemigo natural es el león. Al final de la presentación, Max preguntó por qué la gacela de Anabel vivía con ella en casa (y no en un rebaño), y entonces Anabel respondió que era la pregunta más tonta que había oído jamás, porque Bobina (así se llama la gacela) vive con ella en casa, en un rebaño de personas. Y un rebaño es un rebaño. Después Bobina se hizo caca en la clase, y todos nos reímos mucho.

–Un cachalote o una ballena jorobada no van a caber en el aula –dijo papá.

Tuve que darle la razón.

–Pues busca otro tema –propuso.

–Vale.

Entonces mi padre tuvo la idea de hacer la presentación sobre Bruno. Casualmente él conocía a un tal Bruno, que nos vino de perlas.

–Mi presentación trata sobre Bruno.

Intento mirar a toda la clase, esforzándome en no parecer nervioso.

–Bruno tiene 46 años y vive solo.

Noepy levanta la mano.

–¿Sí?

Señala a mi lado y pregunta:

–¿Ese es Bruno?

–¿Quién va ser, si no? –dice la maestra Caty, antes de que yo pueda responder–. Y, las preguntas que queráis hacer, las guardamos para el final, ¿de acuerdo?

La maestra hace un gesto para indicarme que continúe.

Explico qué número de zapato calza Bruno, de qué trabaja, cómo le gusta el café y cuáles son sus hobbies.

–A Bruno le encantan los pasatiempos del periódico –digo–. Sobre todo, los crucigramas y las sopas de letras.

Alguien llama a la puerta de la clase e, inmediatamente, esta se abre. Es el maestro Fred, el director de la escuela.

–¿Me disculpáis un segundo? –pregunta.

–Estamos en mitad de una presentación –responde la maestra Caty.

–Oh, lo siento –. El maestro Fred lo entiende. –Pues pasaré luego... ¡Ehhh! ¿Bruno?

–¿Freddie?

Según parece, Bruno y el maestro Fred se conocen.

–¡Cuánto tiempo sin vernos! –exclama el maestro Fred–. Bruno, viejo amigo. ¿Cómo estás?

–Creo que eso es precisamente lo que él se disponía a explicar–dice Bruno, señalándome.

–¿Y cómo está Joke? –pregunta el maestro Fred, como si no hubiera escuchado la respuesta de Bruno–. ¡Dale muchos recuerdos de mi parte!

–Joke lleva ya un año y medio viviendo en Bélgica –dice Bruno.

–¿En serio? ¡Vaya!

–Con Harmen...

–No me digas...

–Pues sí.

La maestra Caty considera que ya es suficiente.

–¿Podemos continuar, nosotros? –pregunta.

–Claro, disculpadme –dice el maestro Fred–. Bruno, tío, hablamos un día de esos.

Bruno asiente con la cabeza y el maestro Fred sale de la clase.

–Puedes continuar, Lev –dice la maestra Caty, cuando la puerta vuelve a estar cerrada–.

Nos habíamos quedado en los pasatiempos.

Doy un vistazo rápido a mi guion y explico justo lo que me disponía a explicar: que Bruno casi todas las semanas envía la solución de un pasatiempo al periódico, pero que solo una vez ha ganado algo.

–Fue el 17 de abril de 1993 –digo, y me quedo mirando a toda la clase. Por la expresión de algunas caras, veo lo bien que ha quedado que supiera este dato de memoria–. Y el premio fue un vale de treinta florines para comprar libros.

–¿Qué libro compró con el vale? –exclama Jayden, sin levantar la mano.

Entonces explico que Bruno, con el vale y un poco de dinero que añadió de su bolsillo, se compró un diccionario para resolver crucigramas. Casi toda la clase lo encuentra divertido, a pesar de que mi intención no es hacer gracia. En mi presentación no hay cabida para muchas bromas. Porque, sobre Bruno, no hay muchas bromas que hacer. Me parece genial que mis compañeros se hayan reído, porque lo que da risa siempre sienta bien.

–Y hasta aquí, mi presentación –digo, cuando ya he hablado un poco de todo–. ¿Alguien quiere preguntar algo más?

Katinga quiere saber si puede acariciar a Bruno.

–Luego –dice la maestra Caty–. Después de las preguntas, ¿verdad, Lev?

Asiento con la cabeza.

–Todos podréis acariciarlo –digo, y miro rápidamente al lado.

Bruno apenas se mueve. Está de pie con los brazos junto al cuerpo, tal como ha permanecido durante toda la presentación, con la mirada tranquila hacia delante.

Vuelvo a mirar a mis compañeros de clase.

–¿Alguna pregunta más? ¿Sí, Meral?

–¿Cuál es la comida preferida de Bruno?

–La pasta a la boloñesa –respondo. Y señalo otra mano alzada–: ¿Ravi?

–¿Cuál es su color preferido?

–El verde.

De pronto, todos quieren saber todo tipo de cosas: el animal preferido de Bruno, su música preferida, su película preferida y su equipo de fútbol preferido. Me alegro de haber preparado tan bien mi presentación.

–A Bruno no le gusta el fútbol –digo. Y señalo a Pelle, que lleva bastante tiempo con la mano en el aire.

–Chicos –dice la maestra Caty–. Esta va a ser ya la última pregunta.

Pelle quiere saber cuál es el color preferido de Bruno, pero esto ya lo he explicado antes (el verde).

–Bien –dice la maestra Caty, mirándome–. Lev, has hecho una muy buena presentación. Y muy instructiva. Creo que te mereces un aplauso.

Toda la clase aplaude. Sin querer, inicio una pequeña reverencia, pero me paro en la mitad para no quedar como un tonto.

–Puedes ir a sentarte a tu sitio, Lev –dice la maestra Caty.

Voy hacia mi mesa.

–¿Y ahora, podemos acariciarlo ya? –pregunta Katinga.

La maestra suspira.

–No, basta –dice–. A continuación, os propongo una hora de trabajo libre. Que cada uno haga lo suyo.

Se levanta de la silla y mira a Bruno, que sigue frente a todos nosotros con los brazos colgando.

–Mientras, tú y yo iremos a tomar un café. ¿Qué te parece, Bruno?

A Bruno le parece bien.

–Una nube de leche y una cucharada generosa de azúcar, ¿verdad? –dice la maestra Caty.

Es genial que se acuerde. Se nota que ha prestado mucha atención.

Bruno y la maestra salen juntos de la clase, y yo, satisfecho, abro mi cuaderno de lengua. La presentación me ha salido increíblemente bien. Tengo que darle las gracias a mi padre.

blz. 85 t/m 90: verhaal 11

11. ~~ZEB.~~ ARIANA

Todos estamos invitados. Toda la clase, quiero decir. Recibimos las invitaciones hace algo más de un mes. Son de papel de color blanco crema y, en letras doradas, pone:

B&C

BRUNO BAKKER

&

CATALINA VAN EUPEN

Tienen el placer de invitaros
a su boda, que se celebrará
el día 30 de febrero

Debes saber que Catalina es la maestra Caty, y Bruno es el hombre sobre quien Lev hizo su presentación. “Invitaros” se refiere a *todos nosotros* (es decir, a toda la clase) y el 30 de febrero es el día de la boda. Aún no he ido nunca a ninguna boda.

–Mi madre dice que es una fecha absurda –dijo Imara, el día después de recibir la invitación. Estábamos en la plaza, antes de entrar en el colegio. Imara es mi mejor amiga, creo, porque nos sentamos juntas en la clase.

–¿Y eso, por qué? –pregunté.

–Dice que ese día no existe.

Me pregunté qué había querido decir exactamente la madre de Imara.

–¿Piensa que no se van a casar?

–No, eso sí –respondió Imara–. Pero en otra fecha. Me ha pedido que hoy me informe bien.

Imara no fue la única que preguntó sobre el tema. Por lo visto, a otros padres también les había parecido raro.

–¿Un error, dices? –dijo la maestra Caty, negando con la cabeza–. No, de ningún modo, no es un error. La fecha es el treinta. Bruno y yo pensamos que sería un bonito día para una boda, y parece que va a hacer buen tiempo.

–Sí, pero mi padre dice que el día treinta no existe –insistió Pelle.

La maestra levantó las cejas:

–Ah, ¿sí? ¿Eso dice tu padre?

Pelle dijo que sí, y seguidamente otros empezaron a decir que sus padres opinaban lo mismo.

–Y si yo os prometo ahora que la boda va a ser el treinta de febrero, ¿vendréis? –dijo la maestra, cuando se recuperó la calma en la clase.

Y, naturalmente, todos dijimos que naturalmente, que seguro que no faltaríamos. Nadie quería perderse una fiesta de la maestra. Aquella fecha rara tampoco nos importaba tanto.

Hoy es el día, y casi todas las chicas hemos quedado en casa de Meral para arreglarnos.

–¿Dónde están tus padres? –pregunta Ziva.

–En ninguna parte –responde Meral–. No creen en el día treinta.

Ziva asiente con la cabeza y dice:

–Hoy mis padres tampoco están en ningún sitio. Cuando me he levantado por la mañana, ya no estaban.

–Los míos tampoco estaban –explica Katinga–. Y a mi hermano no lo he visto.

–Mi madre también se había ido –dice Imara.

Hoy no hay ningún padre ni ninguna madre de nadie en ningún sitio. Claro, porque creen que ese día no existe. Pero el caso es que nosotras nos estamos arreglando para la fiesta.

–¿Nos ponemos pintalabios? –pregunta Noepy.

–¡Sííí! –gritamos todas.

Nos pintamos los labios. Yo también. Meral le dice a Ziva que Ozzie, el bromista, luego va a tener lápiz de labios rojo por toda la cara. Ziva se ruboriza un poco.

–¿Y tú qué, con Ravi? –pregunta Wies a Meral, para chistarla un poco–. ¿Acaso no es el tu príncipe azul? ¿Os vais a besar los dos en la boda?

A todas nos empieza a dar la risa tonta, pero Meral le dice a Wies que con el morro cerradito estaría mucho más mona. Y que ella no va por Ravi, ni nada de eso, por mucho que digamos. Me encanta que Meral haya dicho “morro”.

Todo el mundo come pastel. En medio de la sala, la maestra Caty y Bruno bailan. El vestido morado de la maestra Caty vuela a ras de suelo.

–¡Qué color tan bonito! –me había susurrado Anabel, unos momentos antes, cuando en la salita con globos plateados Bruno Bakker y Catalina van Eupen habían dicho ambos sí, sin dudarlo. Anabel dijo que el vestido era lila, aunque para mí es morado normal.

–¿Quieres un pedazo de pastel? –me pregunta Imara, que está mi lado.

–Yo no como pasteles.

–Ah, vale –dice Imara.

Sale más gente a bailar. Al final, todo el mundo baila. Los platitos de pastel ya están recogidos y la música suena cada vez más alta.

Balanceo la cabeza. Todos ríen y saltan. Es una buena clase, la mía. Estoy contenta de que sea mi clase. Y la maestra Caty, aunque a menudo diga mal mi nombre, también es una buena maestra.

Con la pezuña delantera izquierda me rasco la pata delantera derecha. No como pasteles y tampoco soy de bailar. Así que, procurando no tirar nada al suelo y haciendo el mínimo ruido posible, salgo de la sala donde hay la fiesta.

Fuera, todo está en silencio, como si el 30 de febrero no hubiera nadie por la calle. La maestra Caty tenía razón: hace buen tiempo por la época en la que estamos.

Doy un resoplido. Huele a hierba. Quizá no sea hierba fresca, pero sin duda huele a hierba. Giro la cabeza a derecha y a izquierda y, sí, un poco más allá veo una mancha verdosa llena de sabrosas briznas de hierba. Me plantó allí de una trancada.

Con la nariz por encima de la hierba, doy otro resoplido, muy hondo. Luego, me inclino hacia delante.

Empiezo a pastar.